

La música y su poder formativo  
Alfonso López Quintás  
de la Real Academia  
de Ciencias  
Morales y políticas

### **LA MÚSICA Y SU PODER FORMATIVO**

Poco antes de morir, el gran violoncelista, compositor y director de orquesta Pablo Casals afirmó que “la humanidad todavía no sabe lo que tiene al poseer el don de la música”. Esta observación del admirado maestro me llevó a reflexionar durante años sobre el sentido enigmático de la música. El fruto de esta larga búsqueda he intentado condensarlo en un libro de última hora: Estética musical. El poder formativo de la música (Rivera Ediciones, Valencia 2005). Su propósito es mostrar el insospechado poder formativo que alberga la experiencia musical cuando la vivimos de forma creativa, como un modo de encuentro con las obras, los autores, los estilos, las épocas...

Nuestra contemplación estética adquiere, así, el valor de una re-creación. Toda interpretación auténtica supone una nueva creación de la obra, no una mera repetición; es un recuerdo, en el sentido original de dar nueva vida. “Recordar es vivir”, escribió certeramente Miguel de Unamuno. El verbo “recordar” procede del genitivo del sustantivo latino “cor, cordis” (corazón). Recordar es pasar por el corazón, tener la corazonada de traer algo nuevamente a la existencia. Con razón, los franceses y los ingleses interpretan el saber de memoria como un saber cordial (saber “par coeur”, “by heart”).

Por fortuna, en la actualidad se cultiva profusamente la música. En los centros escolares se dedica creciente atención al aprendizaje musical. Diversas instituciones incrementan de día en día las posibilidades de asistir a conciertos de alta calidad. En numerosos lugares se han creado, últimamente, orquestas y coros que nos sorprenden, a menudo, por su perfección técnica. Pero, de ordinario, apenas se repara en algo decisivo para nuestro desarrollo como personas: el poder formativo que tiene el arte musical. Con frecuencia se reduce este arte a un fabuloso medio de diversión, de halago sensorial y psicológico, de refinamiento del gusto. No debe ignorarse que, además de eso y en un nivel superior, la experiencia musical puede contribuir eficazmente a nuestro crecimiento y maduración como personas.

La música significa, en la vida humana, mucho más de lo que suele pensarse, incluso entre los profesionales de la misma. Debemos, por ello, reflexionar sobre su alcance y su sentido, sin fantasías incontroladas pero con imaginación creativa, que es la facultad de lo profundo, lo que no se ofrece a primera vista precisamente por ser muy valioso. Cuanto implica, abarca y promete llegar a ser una persona no se nos muestra de golpe desde el principio; hemos de irlo descubriendo a través del trato. Lo que es la música, lo que puede llegar a darnos si entramos en relación de verdadero encuentro con ella no podemos sospecharlo siquiera cuando la vivimos de forma superficial, aunque sea con rigor técnico.

La Estética musical y el cultivo de la belleza

Son tantas y tan divergentes las teorías que se han elaborado sobre la

Estética, la belleza y el arte que no es viable conciliarlas y reducirlas a una fórmula precisa. Tras debatirse con el sofista Hippias a lo largo del diálogo que lleva su nombre, Sócrates reconoce que es incapaz de definir la belleza, pero no ha perdido el tiempo, porque ha descubierto algo muy importante, a saber, “que lo bello es difícil” (Platón: Hippias mayor 304 3). Para clarificar lo que significa la Estética, el método más adecuado es comenzar adentrándose en su radio de acción. Ves el Partenón y admiras su majestuosidad, su equilibrio, el resplandor de su mármol pentélico. Dejas que esa admiración empape tus sentidos y penetre en tu interior. Pronto te preguntarás por el origen de esa belleza, y un experto te explicará que se funda en la armonía, es decir, la impresión de orden y equilibrio que nos produce la confluencia de dos tipos de interrelaciones: la proporción y la medida o mesura. Todas las partes de ese edificio guardan una determinada proporción entre sí. Por ejemplo, la altura de las columnas es 16 veces el radio de la base, al tratarse del estilo dórico. El edificio entero tiene como medida la figura humana, de la que no puede alejarse mucho ni por exceso ni por defecto.

Ya hemos realizado dos experiencias estéticas básicas: una espontánea, inmediata; otra más reflexiva, un tanto distanciada de la primera, pero no alejada. Realicemos otra experiencia bifronte de este género, tomada del ámbito musical.

Oyes a un pianista interpretar la Sonata en do menor (“Patética”) de Beethoven y te sorprende su fuerza expresiva, su energía rítmica, la lógica interna con que se suceden los temas de forma arrebatadora. Tus sentidos se conmueven intensamente, pero no retienen tu atención; más bien la lanzan hacia algo suprasensorial: la estructura de la obra. No olvidas esa especie de invasión de belleza que te produjo la primera audición de la sonata, pero te sientes llevado a conocer su interna articulación. Y alguien te muestra el tema masculino, con su carácter brioso, y el tema femenino, más bien melódico y dulce; y, luego, el desarrollo en que ambos juegan entre sí, a veces luchan y se adueña el uno del espacio del otro, para luego repetir la andadura desde el principio. Este análisis hace más lúcida tu experiencia primera de la obra. Pero imagínate que el pianista te explica el proceso que ha seguido en el aprendizaje de la obra y el tipo de unión profunda que ha creado con ella. Al principio, el intérprete lee despacio la partitura; estudia nota a nota la digitación debida; analiza las diversas frases y las ensambla. Mientras realiza esta labor de ojeo de la obra, su interpretación es tanteante y premiosa, carente de soltura y libertad interna. A fuerza de ensayos, las formas se perfilan a través de la fronda de las notas, cobran cuerpo, se articulan unas con otras. Al configurar de esta forma la obra, el intérprete gana una creciente libertad. Ya no está preso en la partitura. Ésta va pasando a un segundo plano a medida que las formas se hacen presentes. El intérprete sigue poniendo en juego todos sus medios técnicos: conocimientos musicales, agilidad mental, fuerza muscular..., pero todos ellos se vuelven transparentes, se convierten en vías abiertas a la expresión musical. Con ello, el intérprete se halla inmediatamente presente a la obra, pero de forma indirecta, en el seno expresivo de unos medios que ahora ejercen una función mediacional, no mediatizadora. En este momento, el intérprete configura la obra en cuanto se deja

configurar por ella. Es una experiencia reversible, de doble dirección. El intérprete se encuentra en su elemento, en su hogar espiritual, cuando convierte la obra en su impulso interior, se deja llevar por su ritmo y llenar de sus armonías. No pierde, con ello, su personalidad; la incrementa y afirma. Al deslizarse aladamente por las avenidas de la obra, siente que la obra se identifica prodigiosamente con él, es re-creada por él y le es, sin embargo, trascendente. Por eso admite interpretaciones diversas, que se contrastan y complementan.

Recuerda ahora el deslumbramiento que te produjo la obra al principio. Seguramente, no ha perdido nada de su brillantez y su encanto, pero ha ganado una serie de dimensiones que son distintas de la sensorial y se hacen presentes en ella: las dimensiones propias del sentimiento y la inteligencia. Con ello, tu conocimiento del valor estético de tal interpretación y tal sonata se acrecienta. Este acrecentamiento es tarea propia de la Estética.

En un primer momento estamos absortos en la realidad estéticamente valiosa. Luego reflexionamos, a fin de explicitar lo que sucede en nosotros durante tal experiencia. Tal reflexión no nos aleja de la obra; nos distancia, con una distancia de perspectiva, para luego unirnos a ella de forma entrañable y lúcida. La reflexión estética añade a la experiencia artística la distancia peculiar de un análisis que no nos aleja de la realidad, antes nos permite entrañarnos en ella, encontrarnos realmente con ella.

Los conceptos de Estética, de belleza y arte siguen mostrando ahora para nosotros la misma dificultad que para Sócrates. Pero, vistos a la luz de las experiencias realizadas, dejan de ser conceptos vacíos para convertirse en conceptos llenos. Lograr esta conversión es el propósito de la Filosofía, como bien subrayó Edmund Husserl (1859-1938), fundador del movimiento fenomenológico.

La idea de Estética -como la de belleza y, en buena medida, la de arte- parece que se difumina cuando la queremos reducir a los límites de una definición precisa. Se nos vuelve, en cambio, luminosamente presente y operante cuando vivimos a fondo una experiencia estética. El gran poeta John Keats nos advierte que “una realidad bella es una alegría imperecedera” (A thing of beauty is a joy for ever). Este verso nos hace vibrar interiormente; sentimos su profunda verdad. Pero intentemos exponerlo en una fórmula teórica y veremos una vez más que “lo bello es difícil”. Es difícil de conceptuar, pero se vuelve translúcido cuando disponemos nuestro espíritu para vivir la transformación y el transporte que opera la belleza en cualquiera de sus manifestaciones. Si tenemos esto en cuenta, el carácter enigmático de la belleza dejará, en buena medida, de resultarnos “desesperante”, como le sucedía al gran poeta francés Paul Valéry, autor del excelente poema *Le cimetière marin* (El cementerio marino).

#### La genialidad

Es venturoso sentirse de cuando en cuando en presencia de la genialidad, percibir su hálito, dejarse rozar por el ala de su ángel inspirador. Estás oyendo el Concierto para piano en re menor, nº 20 (KV 466) de Mozart. Tras el inquietante comienzo, que, sin previo aviso, te introduce en un mundo de zozobra, llegas al remanso del Andante y te sumerges

serenamente en la Romanza, con su andadura tranquila y su carácter cordial. Cuando menos lo esperas, surge el vendaval delicioso de la genialidad. No sabes de dónde viene y cómo surge ese arranque inspirado que da lugar a una especie de tormenta lúdica. Y te llenas de un asombro feliz. Aquí genialidad significa potencia de invención, valentía –incluso arrojo– para dejarse llevar de la capacidad de romper moldes y crear estructuras novedosas llenas de sentido, aparición enigmática de algo insospechado... Entendemos por genial la forma prodigiosa de crear algo, un modo de actuar relampagueante, tan sorprendente por su contundencia como por su capacidad de sorprender con algo novedoso y relevante. En la penúltima escena de su Don Giovanni, Mozart se encuentra con un argumento extraño que puede parecer inverosímil –por puramente fantástico– a los espectadores. Sin embargo, con el poder de su música consigue no sólo prender su atención sino causarles un hondo estremecimiento, al sentir que no se dirime ahí una querrela entre dos personas, sino que entran en conflicto tres niveles de vida: el “estético” o meramente sensorial, por una parte, y el ético y el religioso, por otra. Lo que pudiera haberse reducido a un argumento arcaico de una vieja leyenda adquiere, así, una vitalidad y una actualidad sobrecogedoras. Una música apaz de realizar esa transfiguración la consideramos, sin vacilación alguna, como genial.

Cuando experimentamos la fuerza arrebatadora de Beethoven en el último tiempo de la Sonata para piano en do sostenido menor (“Claro de luna”) o de Wagner en el Preludio al Acto III de Lohengrin , nos sentimos en vecindad con la energía enigmática de la genialidad.

Oyes en Semana Santa los motetes de Tomás Luis de Victoria, y, a partir de entonces, el clima del Triduo Santo queda determinado en buena medida por los acordes inolvidables del abulense. Ello nos revela que este devoto sacerdote y profundo compositor supo ahondar en la quintaesencia de esos cultos religiosos. Tal poder de penetración es privilegio exclusivo de quienes en algún momento traspasaron el umbral de la genialidad.

La experiencia de interpretación musical fomenta nuestra capacidad creativa

Somos creativos cuando asumimos activamente las posibilidades que nos ofrece una realidad y damos lugar a algo nuevo dotado de valor. Esta forma activa de acoger unas posibilidades se da en múltiples aspectos de la vida. Por ejemplo, en el proceso de interpretación musical acogemos las posibilidades que nos otorga una partitura y damos nueva vida a la obra que en ella se expresa. Es un ejemplo transparente de actividad creativa.

Un pianista coloca sobre el atril del piano la partitura de una obra que desconoce. Ésta se halla lejos de él; cerca está sólo la partitura. El intérprete comienza a crear sobre el teclado las formas musicales. Lo hace de forma tanteante, a impulsos de la obra misma que desea conocer. Es algo sorprendente y fecundísimo: va buscando algo en virtud de la fuerza que irradia aquello mismo que todavía no conoce del todo. Llega un momento en que la obra le indica que su poder expresivo se halla patente de modo luminoso. El intérprete se mueve ya con absoluta libertad por las

avenidas de la obra. Podríamos decir que la domina. La domina porque se deja dominar por ella. Pero aquí recibimos la primera gran lección: En este nivel de creatividad nadie domina a nadie. Digamos, pues, con mayor propiedad que el artista configura la obra en cuanto se deja configurar por ella. Cuando se vive creativamente, no interesa dominar y poseer, sino enriquecerse mutuamente. Es una experiencia reversible de enriquecimiento o plenificación

En ella cobra conciencia el intérprete de que no se basta a sí mismo, ya que para ser creativo debe recibir las posibilidades que le otorgan las partituras y los instrumentos. Pero también éstos adquieren todo su sentido al ser asumidos activamente por el intérprete. En esa experiencia de configuración mutua, la obra se le hace presente al que la está configurando. Éste mira la partitura, pero apenas la ve. Lo que tiene ante su atención es la obra plenamente configurada. Toca el piano con sus dedos, pero ya no repara en él. Con lo que se halla en contacto verdaderamente es con la obra. Piano y partitura se hacen transparentes cuando la creatividad es perfecta. Siguen ahí ejerciendo su función, que es mediadora, no mediatizadora, pues no se interponen entre la obra y el artista, antes son el lugar en que la obra se hace presente al intérprete. Al ser asumida por él como algo propio, deja de serle distante, externa y extraña para convertirse en íntima, aun siendo distinta.

Una realidad es íntima cuando crea con nosotros un campo de juego común, una relación de encuentro. En este campo se supera la escisión entre el fuera y el dentro, lo exterior y lo interior. Por eso el intérprete, al obedecer a la partitura, no se entrega a algo ajeno, no se enajena o aliena; gana su plena libertad creadora y su total identidad como artista. Se ajusta a un cauce que le viene marcado desde fuera, por alguien distinto de él y en principio distante y ajeno. Pero ese cauce se ha convertido en su voz interior. Al ajustarse a ella, sigue el impulso que le viene dictado por su propia musicalidad. Es, por tanto, autónomo (se rige por una ley propia), aún siendo heterónimo (ya que tal criterio le vino sugerido desde fuera). Aquí se alumbró una clave de orientación decisiva: Puedo actuar en virtud de criterios que me fueron sugeridos desde fuera y no ser "heterónimo", como puedo dedicarme por amor a cuidar a las personas que me rodean y no estar "des-centrado".

Mi verdadero centro es el estado de apertura a los demás. Mi auténtico criterio de acción es el que me impulsa interiormente hacia la realización de algo valioso. No importa el origen de tal criterio, norma o cauce de acción. Lo decisivo es su capacidad de promocionarme hacia modos de actuación sumamente eficaces y valiosos.

La música incrementa nuestra energía interior

La música brota debido al impulso que nos lleva de una nota a otra y crea un intervalo, y éste nos lanza hacia otro y otro. Ese impulso se acrecienta a medida que va dando lugar a temas musicales, períodos, frases, tiempos, obras... Al inmergirnos, así, en tramas de relaciones que nosotros mismos contribuimos a establecer nos sentimos en comunión con la estructura dinámica del universo, el orden que sostiene todos los seres y rige sus movimientos, el Logos creador, que para los griegos clásicos era pensamiento y palabra a la vez. Esa vinculación explica la energía interior

que nos otorga la música, como se ve universalmente a través del canto, en todas sus modalidades.

El filósofo inglés John Stuart Mill confiesa en su Autobiografía el efecto benéfico que ejerció la música sobre él: “Cuando cambió la marea y entré en el proceso de recuperación, la música me ayudó, aunque en modo mucho menos elevado. Fue en esta época cuando llegó a mi conocimiento el Oberón, de Weber, y el extremado placer que me produjeron sus deliciosas melodías me hizo mucho bien, mostrándome una fuente de satisfacción a la que estaba tan predispuesto siempre” . Conviene recordar que la música de Karl María von Weber, compositor alemán muerto prematuramente (1786-1826), se caracteriza por su interna jovialidad y un contagioso afán de vivir en plenitud.

La capacidad de la música de calidad para elevar nuestro voltaje interior fundamenta los estudios de Musicoterapia, disciplina que conviene promocionar a la luz y sobre la base de un aquilatado estudio del poder formativo de la música. Esta fuerza vitalizadora de la música la experimentan multitud de personas a través del canto. Aunque la forma de interpretarlo sea tan sencilla como un mero tarareo, el canto te sumerge en el mundo reconfortante de la música, te introduce en una serie de realidades con temporalidad propia, te hace partícipe de diversos mundos desbordantes de creatividad, belleza y expresividad. Quedas, así, elevado al nivel 2, con cuanto implica de posibilidad de vida creativa y de encuentro.

- Vas caminando y el canto te da alas, te ayuda a superar la fatiga y mantener en alto el ánimo.
- Estás de niño en un internado inhóspito, pero el canto en común te da energía porque te hermana con los compañeros y da calidez al entorno sombrío.
- Al alba entran los monjes en la amplia iglesia abacial. Se siente el frío del crudo invierno. De pronto, los solistas entonan el “Venite, exultemus domino...” (Venid, aclamemos al Señor), y la iglesia se llena de vitalidad, de calor y de luz. La monodia religiosa medieval, que en principio puede parecer inexpresiva, crea un ámbito de sentido muy valioso en el cual se adentra el creyente para verse pronto elevado y confortado. Lo saben bien quienes han vivido largos años en condiciones adustas pero con el ánimo alegre por estar sumergidos en el ámbito expresivo de esas sugerentes melodías que encarnan un mundo religioso, capaz de saciar el corazón. El que viva el tiempo litúrgico del Adviento y cante el Rorate coeli en la quietud vespertina de la iglesia sabrá a qué tipo de expresividad aludo aquí. El canto, cuando es bello y profundo, nos dinamiza al máximo, nos entusiasma, nos eleva a lo mejor de nosotros mismos, porque tiene un carácter eminentemente extático.
- En un campo de concentración de la última guerra mundial, un grupo de prisioneras formó clandestinamente un coro. Cuando estaban a punto de dar un concierto a sus compañeras de infortunio, fueron avisados los guardias de que había, en una carpa, una concentración ilegal. Se precipitaron hacia ella, y, cuando estaban cruzando el umbral y se temía lo peor, sonó el primer acorde del Adagio de la Novena Sinfonía (Del Nuevo Mundo) de Antonín Dvůrak. Los guardias quedaron clavados en el suelo y se mantuvieron a la escucha durante toda la pieza. Esa bellísima

música apaciguó el ánimo de quienes hasta entonces parecían haberse complacido en ejercer todo tipo de violencia. Este episodio real pone un punto de humanidad en una historia sórdida de miseria física y baja moral, que ha sabido retransmitir brillantemente la película Camino al paraíso.

La buena música suscita alegría porque implica creatividad. Por ello, el canto sostiene el ánimo de los seres humanos y su esperanza. En esto se basa la sorprendente afirmación de Gabriel Marcel de que una época que no canta es una época envilecida. “Si la música disminuye, si la música se empobrece, entonces la vida misma disminuye, se hace mezquina. Sin la música, ya no se vive, se va tirando... Si una convicción se ha afirmado en mi espíritu a lo largo de estos últimos veinte años, es que lo esencial en todo ser humano es la parte de creación, por reducida que sea, que hay en él. Y yo añadiría hoy que la alegría en la que se traduce dicha creatividad se expresa, o al menos se expresaba en otro tiempo, muy a menudo, a través del canto. Un mundo en el que los hombres no cantan es un mundo degenerado. El verdadero problema, pocas veces planteado y tan difícil de resolver, consiste en saber si en dicho grupo de hombres la alegría persiste o, por el contrario, se anula”

Las ideas sobre la importancia de la música expuestas anteriormente hallan un refrendo espléndido en obras de altísima calidad, como son las óperas de Mozart Don Giovanni y La flauta mágica, la Novena Sinfonía de Beethoven y el Tannhäuser de Wagner. Su análisis constituye el punto culminante de una obra de Estética musical consagrada a descubrir el poder que tiene la música de calidad para elevar nuestro ánimo y ensanchar nuestros espacios interiores. Don Juan fue aparentemente un triunfador, pero al final destruyó su personalidad, por haber reducido la relación amorosa a un proceso de seducción que culmina en ese acto de prepotencia que denominamos burla. Mozart nos mostró de forma genial en la penúltima escena que la actitud hedonista del joven bravucón no pudo resistir la confrontación con la actitud ética de Don Gonzalo. Nos dio, con ello, una lección inolvidable acerca de cómo no debe entenderse y vivirse el amor humano. Para ser auténtico, éste debe seguir un proceso de purificación. Este será el tema de una obra posterior, que constituye – con el Requiem- el testamento espiritual de Mozart: La flauta mágica. La dualidad del amor meramente pasional y el amor conyugal oblativo adquiere en el Tannhäuser de Wagner una expresión dramática de altísima calidad.

Siempre se ha dicho que la música de calidad es una fuente inagotable de belleza, que nos distrae, nos agrada y nos hace desbordar de alegría. En casos nos transporta, incluso, a mundos de ensueño, como indica con palabras emocionadas un eminente director de orquesta, Leopoldo Stokowski:

“Es imposible describir esto con palabras; sin embargo, todos hemos sentido el haber sido llevados mediante el mágico poder de la música lejos de este mundo, hacia estados de emoción de irresistible poder y misterio, completamente desconectados de nuestra vida real, a veces temerosos, otras con una visión extática de la belleza, en una tierra de ensueño que jamás olvidaremos...”

Todo esto es verdad, pero conviene resaltar además que la experiencia

musical, cuando la vivimos de forma creativa, nos enriquece con aportaciones decisivas que podemos describir de forma precisa y bien fundamentada. Además de procurarnos experiencias emotivas, la música nos ayuda a incrementar la madurez personal: la capacidad de pensar con amplitud y profundidad, ser creativos incluso en las actividades más sencillas, promover una auténtica “cultura del corazón”, ejercitar una forma de libertad creativa... Hacerlo ver de modo sugerente fue mi propósito al escribir, con un punto de emoción, este compendio de Estética musical. Espero que el lector concluya su lectura muy satisfecho, por ver la música con ojos nuevos y una estima inmensamente superior.